

El caballero abre la puerta de la tienda y hace una seña á tres hombres que se paseaban por la calle, los cuales entran.

M. Cloque al verlos, exclama:

—¿Por qué no ha dicho V. enseguida que era V. de la policía? Voy á llamar al principal.

—Se lo agradeceré á V. mucho. Hemos obtenido contra él una orden de prision, y estos señores van á sellar el establecimiento.

—Vamos, está visto que nunca podrá uno trabajar con tranquilidad!

—Oh, si señor, es terrible eso de no poder trabajar con tranquilidad. Nunca he visto una época tan anti-artística como esta. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Me habia olvidado, de presentarle á V. estos señores. En primer lugar, he aquí el señor Comisario.

El comisario se adelanta, y dice:

—Oh, ya nos conocemos de sobra. Ya tuve el placer de detener al señor en otro tiempo. ¿Qué tal, M. Cloque, sigue V. bien desde la última vez que tuvimos el gusto de vernos y conocernos?

M. Cloque enfurecido, exclama:

—¡Que el diablo le lleve á V!

El comisario cogiéndole por un brazo:

—Pero antes me lo llevaré yo á V!

Una escapatoria.

Habia electricidad en la atmósfera.

En un momento de mal humor, y á propósito de no sé qué tocado ó adorno, (creo, sin embargo que se trataba de un vestido descotado y de manga corta, de muselina color de carne, con agremanes de terciopelo oreja de oso) el conde de Biez habia llamado á la condesa ¡Cocotte!

Esta es una de esas palabras que tarde ó temprano se pagan muy caras.

La condesa no era uno de esos seres á quienes les agrada no pagar sus deudas; como la que tenia con su marido era grande, se decidió á pagársela inmediatamente.

Así es, que cuando el baron Claudius, acudió á verla, en la tarde de aquel dia memorable, la condesa le dijo sin vacilacion, sin remordimientos, sin turbacion alguna, lo siguiente:

—¡Me aburro soberanamente, amigo mio! ¡Róbame!

¿Puede darse mayor frescura?

El baron que hacia ya la friolera de tres años que en vano se mantenia al acecho de su amor, y que nada veia cambiado en su situacion desde la víspera, exclamó:

—No sé si he oido bien. ¿Soy Claudius? ¿Es V. la condesa?

—Sí; V. es Claudius que pretende amarme; yo soy la condesa que nunca ha escuchado á V., y que hoy quiere escucharle. Si tiene V. algun talento en reserva, gástelo V.; si tiene V. algo de amor en su corazon prodíguemelo V. con esceso! ¡Quién sabe lo que puede suceder!

El baron no era hombre para lanzarse de cabeza en una aventura á largo plazo.

El fuego que brillaba en los ojos de la condesa, le dió miedo.

—Vamos, hoy está V. nerviosa, le dijo. La habrán irritado á V. La tempestad que se anuncia, la escita á V. en alto grado. Yo no quiero ganarla á V. con una sorpresa. La amo á V. demasiado para contentarme con eso.

—Vaya, esto pasa de castaño oscuro! ¿A que vá V. ahora á predicarme un sermon de moral?

Claudius al oir esto se inclinó y la besó en la nuca á la raíz de los cabellos.

El baron conocia los buenos sitios.

La condesa dió un salto y se escapó de los brazos de Claudius murmurando:

—Nó; nó; ¡no puedo!

Y cayendo sobre un sillón, se ocultó el rostro con las manos. Lloraba.

Claudius no era un forzador aventurero; pero cuando la aventura venia á turbarle, no la dejaba escapar tan fácilmente.

Así es, que se arrodilló á los pies de la bella enervada, cuyo talle enlazó con sus brazos.

—Después, habiendo colocado dulcemente su cabeza sobre el hombro que le abandonaban, exclamó:

—Llore V. hermosa mujer, llore V. ¡es tan dulce llorar en los brazos del sér amado!

Hubo entonces de una y otra parte un roce de cabellos en el cual debió entrar el diablo para algo.

Las palabras de Claudius, pronunciadas casi junto al oído de la condesa, hicieron sobre su piel una amorosa señal, que la obligó á inclinar hácia atrás la cabeza, y á medio abrir sus ojos.

—Váyase V. Claudius, váyase V. se lo ruego! ¡Estoy local... ¡Váyase V.!

—En tanto que nuestros dos pensamientos solamente eran los ligados uno á otro, podía obedecer á V. Hoy que nuestros cuerpos se hallan enlazados, no me pida V. un imposible!

—Te lo ruego! Si me amas, si quieres que te ame, no te quedes!

—No puedo obedecerte. Nada ya puede separarme de tí. Creo que en vano intentarían asesinar me en este momento. Mi alma no está ya dentro de mí; flota en tus cabellos, se agita sobre tus labios, se embriaga con tu aliento, se desliza sobre tu cuerpo ¿cómo quieres que me vaya?

—Escúchame bien. Yo seré tuya, es posible; tengo perdida la cabeza. Pero de lo que estoy segura es de que después he de odiarte. Y tú no puedes querer que te odie!

—No se atraviesan impunemente pruebas como estas: O tú no serás mía, y moriré; ó tú me odiarás y moriré; ó me amarás y viviré dichoso para hacerte dichosa.

La condesa intentó responder alguna frase honrada. Si no lo hizo, no hay que echárselo en cara, pues que sus virtuosas palabras fueron ahogadas, al nacer, por un beso.

—Pero hay que hacerle también la justicia de contar que no cedió mas que un segundo á la corriente que la arrastraba, é irguiéndose bruscamente, dijo:

—No aquí! Esta casa me es sagrada! Vámonos...

Claudius tuvo un momento de terror, todavía.

Preguntóse si la condesa pretendia imponerle un sacrificio duradero, y si se habria dejado coger en el garlito.

—¿A dónde quiere V. ir? la preguntó.

—Dos horas le puedo conceder á V.!

Claudius respiró.

—¿Tiene V. abajo su coche?

—Sí.

—¿Tiene V. confianza en su cochero?

—Como en mí propio.

—Espéreme V. pues, en la esquina de la calle de Berry. Dentro de diez minutos, estoy allí.

Claudius, cuya mejor cualidad no era la credulidad inocente, se atrevió á decir, no sin cierta timidez:

—Supongo que este no será un medio para alejarme?

La condesa tendió sus brazos á Claudius, le besó en los ojos, las mejillas y los labios, y desapareció riendo.

Las mujeres son terribles cuando han pasado el Rubicon. Un cuarto de hora después, la condesa, cubierto el rostro con un velo, subia al coche de Claudius.

—¡A mi casa! gritó el barón á su cochero, que ni siquiera volvió la cabeza.

Al ruido que hizo la portezuela al cerrarse, el caballo partió al trote.

El coche del baron, era de lo mejor que se ha visto en su género. Los almohadones eran anchos, sólidamente colocados, blandos en demasía y mas altos por delante que por el fondo.

No era en fin, uno de esos coches que se hacen hoy en día; uno de esos atahudes de gala que nos han venido de Inglaterra, no.

Los cristales eran dobles. Un gran cristal rayado que se iza- ba en las grandes ocasiones, oponia un impenetrable obstáculo á las miradas de los curiosos.

Y confesemos que esto tiene mejor aspecto que las cortinillas ó persianas que llaman siempre la atencion y provocan la chanzoneta en mayor ó menor grado.

Entre los dos cristales de delante habíase fijado un espejo, y debajo del asiento del cochero, un oculto armario encerraba los principales objetos de tocador, perfumes, dulces y dos ó tres botellas de Jerez.

El adorno del coche, era de satin marron; los botones y pa- samanerías de terciopelo negro. En los galones se hallaban bordadas las armas del baron; oro, rojo y azul.

—¿Me conduces á tu casa? Me pierdes, pero no me impor- ta. Soy tu esclava, tu cosa, tu juguete; haz de mí lo que quieras.

Y la condesa subráyó estas frases, con varias líneas de besos.

—No, querida Genoveva; no quiero aceptar un sacrificio inú- til. La casa á donde vamos, no es la que tú conoces. Nadie te verá en ella, porque nadie la habita, y mira aquí la llave. Tó- mala. Es tu casa, á donde vamos.

—¡Ah! ¿Cuántas mujeres han poseido ya esta terrible llave- cita?

—¿Qué te importa?

—¡Y aun dice si me importa!

—Para qué evocar estos recuerdos ya muertos? Yo no he amado á nadie mas que á tí, puesto que te amo!

¡Y pensar que esta frase hueca consiguió entusiasmar á la condesa!

Aquí nuestro relato se complica.

El resto de esta historia es horriblemente difícil de contar.

Pasó una cosa estraña.

A medida que la condesa se le abandonaba, Claudius se en- torpecia mas y mas.

¿Era acaso que un remordimiento le turbaba?

¿Habia visto pasar ante sus ojos la sombra ultrajada de su amigo el conde?

¿Se avergonzaba de abusar de aquella buena fortuna que le caia de las nubes?

¿Preocupábanle las consecuencias de aquella aventura? ¿De donde procedia su estraña turbacion?

Esto es lo que deseó saber la condesa.

—Pero ¿qué es lo que tiene V, amigo mio? le dijo: desde hace un momento se halla V. preocupado en estremo.

—No tengo nada, lo juro, le respondió Claudius registrán- dose los bolsillos con movimientos desesperados. No tengo nada.

Y bajando el cristal, añadió, dirigiéndose al cochero:

—Juan! ¿Por qué no andas mas aprisa? Al galope, imbécil!

El coche empezó á rodar con tal velocidad que la condesa tuvo miedo.

—¿Por qué precipitar la marcha de esa manera?

—Olvidas, Genoveva, que solo puedes concederme dos horas?

¿Me reprocharás, acaso, que cuente los minutos que se nos es- capan?

La condesa abrió sus brazos á Claudius para darle una com- pensacion.

El baron llegó á olvidar durante un momento sus preocupa- ciones; pero precisa creer que eran muy imperiosas, porque al cabo de uno ó dos minutos, volvieron, de nuevo, á domi- narle.

—Baron, V. me oculta alguna cosa: quiero saber qué es lo que le agita á V. de ese modo.

Claudius estaba pálido; sus mejillas comenzaban á destilar el sudor de su frente.

—¿Qué quieres que tenga, hermosa mujer, sino la impaciencia por llegar á casa?

Y Claudius quiso escitar de nuevo á su cochero, pero la condesa apartó su mano que ya cogía la correa de la ventanilla, diciendo:

—¿Quieres que volquemos?

É hizo ver al baron los transeuntes exasperados, los agentes de orden público á la carrera, los numerosos grupos en fin, que perseguían al coche.

Á pesar del ruido que hacían las ruedas sobre el empedrado, podían oírse los gritos de la multitud que pedía que se detuviera.

—Vá V. á mezclarme, dijo la condesa en alguna nécia aventura, voy á encontrarme comprometida en un sumario... Le ruego á V. que diga á su cochero que vaya poco á poco... Tengo un miedo...

Claudius obedeció.

La condesa notó, sin embargo, que lo hacía muy á pesar suyo.

—Pero, ¿qué tiene V., amigo mio?

—Juro á V., condesa, que...

—Ah! El miedo que acabo de pasar me ha hecho volver en mí. Me arrastró V. muy lejos, pero voy tomando tierra poco á poco... La turbación de V. me ha despejado. Sepamos de una vez, que es lo que preocupa á V.?

—Te juro que te amo! ¿Qué te importa lo demás?

—Admitamos que es un capricho mio: ¿por qué negarse á satisfacerlo?

—No puedo.

—Creí que mis caprichos eran sagrados para V., pero veo

que me he equivocado. Este es el primero que le pido y Dios sabe que es bien inocente!

—Puedo asegurarte que lo que me preocupa, no vale la pena de turbarte ni un solo momento.

—¿No comprendes que en el punto á que hemos llegado, el menor de tus pensamientos, el mas ligero de tus cuidados me pertenece? No tienes derecho para sentir una pena, sin comunicármela!

—No tengo pena alguna, te lo juro. Todo se desvanece ante la alegría que me causas!

La condesa vaciló, se puso colorada y exclamó balbuceando:

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Nada?

—¡Absolutamente nada!

—Si sufres algun dolor, valdria mas que lo dijese!

—Te juro que me hallo en perfecta salud ¡ni el mas pequeño dolor de cabeza!

Hubo un instante de silencio.

La sombra del conde Banco, Remordimiento de Biez, se aprovechó de aquella pausa para introducirse entre ambos cómplices.

La condesa pensó que había ido muy lejos, y que después de todo, su conducta actual, justificaba completamente el epíteto que su marido la había dirigido.

El baron calculó que la sombra tenía demasiado motivo para fruncir el entrecejo.

¡Una amistad de seis años!

La condesa notó que el espectro de su esposo era tan agradable y simpático como la realidad de su amante.

Y hasta halló en la preocupacion de este último, lados muy grotescos que la hicieron sonreír.

El baron se preguntó, si aquello no era meterse en un calle-

jon sin salida, calculando que sería una grosería sin ejemplo hacer durar menos de tres años una aventura durante tres años esperada.

Pero, felizmente, los espectros no hacen mas que entrar y salir.

El del conde tuvo el buen gusto de marcharse al cabo de tres ó cuatro segundos.

Claudius comprendió que estaba haciendo una tristísima figura.

Quiso besar á la condesa.

Pero esta le rechazó exclamando:

—No! Llame V. capricho, locura, exigencia, llame V. como quiera, al deseo que tengo; pero deseo saber lo que V. me oculta. Y no olvide, que está muy mal en V., hacer tan poco caso de un capricho, cuando es un capricho tambien el que me ha arrojado en sus brazos.

—¿Me olvidará V. si se lo digo?

—Mas le olvidaré á V. si me lo calla.

—¿Lo exige V?

—¡Absolutamente!

—Pues besémonos una vez mas siquiera, porque vamos á despedirnos para siempre!

—¿Qué locura! No le he dicho á V. repetidas veces que le amo, y no me hallo dispuesta á probárselo de sobra?

—No importa, abracémonos!

Los amantes de una hora, se besaron como si no debieran volver á verse.

—Y ahora, condesa, hágame V. el favor de prestarme su pañuelo, porque he olvidado el mio, y tengo unas ganas atroces de sonarme las narices!

Así es como abortó en su principio aquella campaña amorosa.

La condesa empleó dos minutos en enterrar su pasión.

No juraríamos que le hiciera un entierro de primera clase.

Los treinta primeros segundos fueron terribles. Sufrió mucho la pobre, viendo á aquel triste amor ahogarse en el ridículo.

Pero cuando llegó el sexagésimo segundo, lanzó una sonora carcajada.

Este fue el único discurso que se pronunció sobre su tumba. Y mientras tanto, el baron, se sonaba las narices voluptuosamente, improvisando para tan lúgubres circunstancias una música en extremo grotesca.

El coche se detuvo.

La condesa se apeó, y devolviendo al baron la célebre llavecita, le dijo:

—Gracias, baron. Ya estoy tranquila. Volveré á pié á mi casa.

Este paseo me ha servido de mucho.

—¿Y no lo volveremos á dar otro dia?

—No, querido amigo, no. El viaje que hoy hemos hecho, no se emprende nunca dos veces. ¡Siempre habrá un pañuelo entre nosotros!

Aquella noche, el conde de Biez, soñó cosas magníficas!

Y sin embargo...

De qué pequeñas causas dependen los grandes efectos!

En que poco está á veces, que lo cómico se haga terrible!

Afortunadamente en este caso, lo que empezó terrible para el conde, acabó cómico para el baron!